

VIDAS SINGULARES

de la historia

Maria Regina Kaiser

Alejandro Magno

y los confines
del mundo




EDITEX



El sucesor

No me gustó nada tener que entregar mi puesto a los bárbaros, pero no tuve elección. Mi rey, el gran Alejandro, así lo había decidido. Tal y como tantos otros macedonios fui retirado del servicio del rey y, ahora, después de largos años, podré llevar una vida en paz.

Son muchas las cosas que han sucedido en estos últimos años. Ni en mis sueños más descabellados pude imaginar jamás que cruzaría el Helesponto¹ con Alejandro. En solo unos años sucedieron más cosas que en todo el siglo anterior. En cualquier caso, era más que suficiente para alguien como yo.

Próxeno, el guarda de la tienda real se acercó junto con el futuro zapatero. El nuevo zapatero llevaba pantalones persas, ajustados y estrechos, y zapatos con punta. El pelo, que llevaba recién cortado, apenas se dejaba ver bajo el gorro persa.

—Se llama Bagoas —presentó Próxeno al muchacho.

Bagoas hizo una gran reverencia y me miró expectante. A partir de aquel día se haría cargo de mis obligaciones. Pero naturalmente yo no me iba a marchar de inmediato. Antes tenía que instruirle. Lo había preparado todo para él: el tablero de trabajo, tiras de cuero recién cortadas, el martillo y la espátula.

¹ Helesponto (actualmente Dardanelos): estrecho que une el mar Mármara con el mar Egeo. Transcurre desde la península Galipoli (que pertenece a Europa) hasta tierra firme en Turquía.

—Ten —le dije a mi sucesor—. Vas a necesitar todo esto.

Él contempló sorprendido las correas, la grasa y los pequeños clavos del sólido cajón de madera de pino engrasada.

—Todo este tiempo tú te has encargado de hacer y arreglar el calzado del rey, ¿no es así? —inquirió con respeto—. ¿Son estas tus herramientas de trabajo?

—Sí, estas son. Puedes quedártelas si te complace.



Bagoas se puso de rodillas delante de mí. Observó detenidamente el contenido del cajón, tomó algunas herramientas, las guardó de nuevo y me miró.

—Sí, estaría bien. ¿Y se supone que esto es todo?

No pude menos que reírme. En el cajón había grasa y aceites, correas de repuesto, tachuelas, algunos retales de cuero de colores, cepillos y paños suaves para limpiar.

—¿Y qué hay en este departamento? —preguntó antes de abrir el estrecho cajón situado en la parte inferior.

Por lo menos hablaba griego de manera comprensible, lo cual me tranquilizó.

—Un cortesano real siempre lleva consigo sus utensilios de escritura. Muchas veces tienes que hacer una anotación, por si falta algo o el zapato se rompe antes de lo esperado. Recuerda anotar siempre el lugar y la fecha.

—¿Crees que querrá quedarse conmigo? —inquirió rascándose la oreja con preocupación. Al parecer se lo tomaba todo muy en serio.

Aquel fue el momento en que decidí hacer las anotaciones que ahora tengo en mis manos. En nueve rollos de papiro anoté para Bagoas lo que debe saber un zapatero real. Con esto no me refiero tanto al oficio en sí, porque lo domina, de eso puedo estar seguro. No, en este caso se trata, sobre todo, del comportamiento correcto cuando se está al servicio de un soberano. Por supuesto he tenido en cuenta su curiosidad; las ansias de saber más sobre nuestro rey se le notaban hasta en la punta de la nariz.

En estos rollos de papiro he dejado constancia de lo que viví estando al servicio de Alejandro, y he escrito sobre la corte, sobre la gente distinguida con la que traté y sobre algunas otras cosas. Porque un zapatero tiene mucho más que contar de lo que se cree.

No hay oficio más fácil que ese, puede pensar cualquiera, pero no es cierto. Siempre se pueden hacer mal las cosas. Se necesitan manos hábiles en todas las situaciones de la vida.

Cuando se es zapatero del rey no se debe pensar en la alta política y en todo cuanto tiene que ver con ella. Si se

para uno a pensar en todo lo que ve y oye le tiemblan hasta las manos. Y hay que ser listo y sensato; hay que saber cuándo es mejor callarse, cuándo es mejor mantenerse en la sombra. Si no, la rueda del tiempo te pilla rápidamente en el entorno de los que tienen el poder.

Muchos, sin embargo, se ríen y dicen: «¡Cosar sandalias, por Zeus!, ¡eso no es nada!». Me indigna que me consideren solo un «limpiabotas».

Te aseguro, Bagoas, que a pesar de lo que digan tienes una gran responsabilidad.

He aquí el tesoro que te confío: mis memorias, junto con mis conocimientos, de los que tú por ser persa careces. En cada uno de estos rollos los iré desglosando junto con la historia de mi vida al lado del rey. Tengo curiosidad por ver si eres capaz de descifrar lo que te quiero transmitir.

Que mis memorias te aporten ayuda y consejo en los años venideros. Estas reglas no solo te serán útiles en tus obligaciones; para mí han sido las pautas por las que he regido mi vida hasta el día de hoy, y he hecho bien en seguirlas. No todos hemos nacido con los privilegios

de nuestro gran rey, que está por encima de las normas, aunque debo

decir que ahora tengo dudas

sobre si eso
habrá sido lo
mejor para él.



ROLLO PRIMERO

Unas buenas sandalias pueden salvarte de los grandes peligros – La boda del rey

Vestidos con trajes de fiesta, los nobles macedonios, altos cargos militares y soldados rasos cruzaban la antesala del enorme palacio de Egas², la antigua capital de Macedonia.

Miré con preocupación al joven Alejandro, mi señor, que estaba tan serio que llamaba la atención. Me incliné rápidamente a sus pies y aseguré con una hábil maniobra los pasadores de sus sandalias. Creo que ni siquiera se dio cuenta, pues parecía sumido en sombríos pensamientos.

Los soldados rasos se sentaron en las largas mesas a lo lejos, ante la sala abierta del patio interior rodeado de columnas, a la sombra de los plátanos. Los criados servían agua a los invitados con jarras de plata y escanciaban vino.



Justo en ese momento hizo su entrada el cortejo nupcial, precedido por trompetas y tambores. A la cabeza caminaba el rey Filipo con un manto púrpura y bordados de oro. Junto a él iba la encantadora sobrina del general Atalo, Cleopatra, adornada con una fina diadema y pendientes de perlas. De tan solo dieciséis años, su pelo negro y rizado y sus ojos, de un marrón vivo, la convertían en

2 Egas: antigua capital de Macedonia, en la actualidad se trata de la aldea de Vergina.

una verdadera belleza. Consciente de ello, la joven iba mirando a su alrededor.

Como zapatero que soy, me fijé naturalmente en los zapatos de unos y otros. Algunas mujeres, entre ellas la novia, llevaban sandalias cosidas con cintas de oro. El novio llevaba las botas reales macedonias, de color púrpura, bajo el largo y solemne manto. Únicamente la gente del campo había asistido al evento con sus *carbatinas*³ de cada día.

Una cicatriz sobre la ceja derecha afeaba el rostro del rey, que estaba cubierto por una espesa barba. Se había quedado casi ciego de un ojo en un combate, y eso hacía que mirase siempre hacia el frente fijamente, de un modo peculiar.

Alejandro, ataviado también con un traje de gala, se unió al cortejo. El remolino de pelo sobre la frente y la mirada malhumorada le daban el aspecto de un león furioso.

—¿Qué le pasa a tu señor?

—me preguntó

Aristóbulo en voz baja—.

Se le ve tan triste
y enfadado...



3 *Carbatina*: zapato sencillo de cuero de suela simple.

—No se lo ha tomado bien; finalmente el rey ha repudiado a su madre para poder celebrar esta boda.

—Debería mantenerse al margen de los asuntos de sus padres —dijo Aristóbulo, el sabelotodo.

—Eso es imposible para él. Está muy unido a su madre, la reina Olimpia.

—Lo sé.

Nos miramos con complicidad. Aristóbulo no llevaba tanto tiempo como yo en la corte. Pertenecía a la unidad de los bematistas, los topógrafos, y estaba versado especialmente en mediciones de ríos y corrientes de agua.

Era un joven amable con acento rural, del que se burlaban los sirvientes de la corte. A mí me había ocurrido lo mismo cuando estaba recién llegado del campo y mostré al sucesor al trono mi invención de suelas de

sandalia con cuero de búfalo de la India. Alejandro se mostró tan entusiasmado con aquellas sandalias, que inmediatamente

me admitió a mí,

)) el joven Nicandros, a su servicio. Entonces yo tenía solo doce años, y durante los tres últimos he permanecido a su lado.



La sala del banquete, donde estaban tomando asiento el rey y sus distinguidos invitados, estaba pintada de un azul espléndido y tonos blancos mezclados con oro. Había pinturas murales con escenas bélicas de las campañas victoriosas de Filipo, y representaciones de carreras de carros. Los sofás estaban adornados con brazos de marfil.

Aristóbulo y yo nos hicimos servir un plato con asado y pan para cada uno y tomamos asiento, como nos correspondía, en el corredor de columnas, donde teníamos una buena panorámica del banquete nupcial.



Uno tras otro los invitados alzaban sus vasos y bebían a la salud del rey y su joven esposa.

Parecía como si el tío de la hermosa Cleopatra, el gordo Atalo, fuera a explotar de orgullo. Tumbado en un diván⁴ con la cara colorada por el vino, sonrió de oreja a oreja durante todo el discurso de loa que se pronunció para deseárselo la mayor felicidad a la pareja real.

Alrededor de la sala danzaban las flautistas, y una cantante entonaba una canción sobre la primavera, que todo lo renueva y cubre el campo de flores y hierba fresca.

Cuando el discurso hubo terminado, Atalo se incorporó con dificultad y fue tambaleándose hasta el centro de la sala para pronunciar el suyo.

⁴ Diván: asiento alargado, generalmente sin respaldo, en el que uno se tiende.

Todos volvieron la mirada hacia los parientes cercanos de la novia con curiosidad.

—En primer lugar —gritó Atalo, tan borracho que le costaba vocalizar—, queremos pedir a los dioses que nuestro rey engendre muy pronto con Cleopatra un sucesor legítimo.

Algunos invitados rieron. Sin embargo, yo miré horrorizado a Alejandro, que se había levantado de un salto.

—¿Cómo? —rugió fuera de sí—. Miserable bribón... ¿Te atreves a llamarme bastardo?

Estaba rojo de ira, y su copa salió volando por la sala en dirección al cráneo de Atalo. Este gritó, cayó al suelo, y los sirvientes se precipitaron hacia él.

Filipo, igual de borracho que Atalo, desenvainó la espada y fue dando tumbos hasta su hijo, pero perdió el equilibrio y tropezó. Claramente fue negligencia de su zapatero, que durante los actos solemnes no se había preocupado por ajustar de nuevo las correas de las botas, querido Ba-goas. Hay que proceder con tanta discreción que el señor no se dé ni cuenta del movimiento. Intenta instruirte en este arte cada día que pase.



El traspié de su padre y las sandalias, firmemente amarradas a los pies, fueron lo que salvaron la vida de Alejandro, que saltó con agilidad a un lado, esquivando así la espada del monarca.

—¡Observad a vuestro rey! —siguió gritando—. ¡Este hombre quería llegar hasta Asia y ni siquiera es capaz de ir de una mesa a la otra!

Luego puso pies en polvorosa, y yo supe de inmediato que no volveríamos a pisar Egas en mucho tiempo. Tomé mi cajón y me apresuré tras el sucesor al trono hasta el establo, donde su caballo negro, Bucéfalo⁵, y mi mulo, Itto, rumiaban plácidamente su cebada. Sin decir una palabra, arrastré a Itto fuera de su cobertizo, al igual que hizo Alejandro con Bucéfalo. Subimos sobre nuestras monturas y nos marchamos al trote.

Cuando todavía no habíamos alcanzado la puerta ya se habían unido a nosotros los amigos de Alejandro: Ptolomeo Lagu con su nariz aguileña, el amable Hefestión, el temperamental Cleitos de cabello negro y rizado y Nearcos, siempre parco en palabras. Saludaron a los guardas del palacio. Nadie decía una palabra.

Los caballos y mi mulo Itto estaban empapados en sudor cuando por fin nos apeamos y los llevamos junto a un arroyo.

—Os agradezco que hayáis venido conmigo —nos dijo Alejandro, que parecía todavía un poco alterado.

⁵ Bucéfalo: caballo preferido de Alejandro, al que domesticó cuando tenía doce años.



Ptolomeo, Hefestión, Cleitos y Nearcos le rodearon.

—Siempre puedes contar con nosotros, ya lo sabes
—dijo Cleitos, el más mayor de los amigos.

—Antes lo suponía, pero ahora estoy seguro de ello. No nos espera nada bueno, sino todo lo contrario: un largo periodo de destierro. ¿Estáis dispuestos a permanecer junto a mí?

—Por eso te hemos seguido. Tú eres nuestro futuro, aunque a partir de ahora nuestro hogar sean los bosques y las montañas —dijo Ptolomeo, visiblemente emocionado. Nunca lo había visto así.

Alejandro nos miró y asintió.

—Todos juntos somos el futuro de Macedonia —dijo Hefestión, que había permanecido callado todo el tiempo.

Solo entonces encontré el momento de quitarle las sandalias a Alejandro y ponerle las botas.

La antigua Grecia

La antigua Grecia, llamada Hellas por los griegos (helenos), estaba formada por un sinnúmero de estados independientes, grandes y pequeños. Entre ellos había unos que no tenían centro urbano (*ethnos* o estados tribales), a menudo mal organizados, y otros con centro urbano (polis). La polis más famosa era Atenas.

Los griegos de las polis consideraban que los estados tribales estaban subdesarrollados. Allí la gente vivía sin teatro, sin gimnasio (instalaciones deportivas) ni cultura urbana, mientras que en las polis, al menos entre los ricos, se había cultivado un avanzado y muy elevado estilo de vida.

Los estados tribales vivían habitualmente bajo el mandato de un rey, mientras que en la mayoría de las polis se había desarrollado la democracia, forma de gobierno con intervención de los ciudadanos. Aquí vivían tanto ciudadanos como metecos (*metoikoi*, «no-griegos»), extranjeros encubiertos a quienes les estaba prohibido poseer tierras. También había esclavos que no tenían ningún tipo de derecho.

Solo tenían derecho al voto los ciudadanos adultos varones. Mujeres, esclavos y metecos estaban excluidos, lo que significaba que solo una parte de los habitantes de la polis tenía derecho a tomar parte en la política.

Tenían en común la lengua, los dioses, la vestimenta y las costumbres. El arte, la literatura, la filosofía y el teatro progresaron notablemente. La mayoría de las ciudades tenían

salida al mar o no estaban a mucha distancia de él. Como buenos marineros y comerciantes, los griegos fundaron colonias en las costas de la Península Ibérica y del actual sur de Francia, y ocuparon el sur de Italia y Sicilia. Por ejemplo, la ciudad de Siracusa en Sicilia fue levantada en el 733 a. C. por expatriados corintios. Incluso surgieron ciudades en las costas del Mar Negro (Olbia, Panticapea, Trebisonda). También numerosas ciudades portuarias de las costas de Asia Menor eran colonias (como Mileto y Kizikos). A menudo adoptaban la constitución y el culto a los dioses de su «ciudad madre», pero se trataba de ciudades independientes.



Acrópolis de Atenas. Propileos y templo de Atenea Niké.

Los macedonios y la familia real



Macedonia, la patria de Alejandro Magno, está situada en el norte de Grecia. La región se divide actualmente entre Grecia, la República Macedonia y Bulgaria. Al contrario que Atenas, que era una polis, Macedonia era un *ethnos*, cuyos habitantes vivían principalmente en pueblos dispersos a lo ancho de la región. Desde principios del siglo VII estuvo gobernada por la dinastía real Argeade, cuyo origen derivaba del semidiós Heracles.

Los macedonios no se consideraban griegos, pero estaban estrechamente unidos a ellos lingüística y culturalmente. Era un pueblo ganadero y campesino, cuyo modo de vida se comparó durante mucho tiempo con el griego por su sencillez.

En la época de Filipo II y Alejandro Magno ya no existían, naturalmente, muchas diferencias. Las capitales Egea y Pella estaban provistas de templos, teatros y edificios palaciegos. El país era rico en madera, que se utilizaba para la construcción de barcos. Se necesitaban barcos en toda Grecia: para el comercio, para viajar y también barcos de guerra. Bajo el reinado de Filipo II, el ejército de tierra realizó el paulatino cambio para convertirse en ejército naval.

El país poseía también minas de oro y plata, y se explotaban además la agricultura y el ganado.

A partir del siglo V a. C. Macedonia empezó a desempeñar también un importante papel fuera de sus propias fronteras.

Especialmente valiosa fue la tarea del rey Alejandro I Fiheleno («el amigo de los griegos», rey del 494-454 a. C.), quien apoyó la lucha contra los persas por la libertad de los griegos. Amintas III (rey del 393-369 a. C.), el abuelo de Alejandro, continuó fortaleciendo la organización de las tropas del país.

Su hijo más joven, Filipo II (aprox. 382-336 a. C.), a su vez padre de Alejandro Magno (356-323 a. C.), era un hábil diplomático, un hombre de estado previsor y sobre todo un general con éxito. Consiguió vincularse a la aristocracia de forma duradera, para ponerla a sus órdenes y así levantar un eficiente ejército. Bajo su reinado Macedonia se convirtió en la potencia gobernante en Grecia.

Filipo sometió primero a las zonas costeras que limitaban con Macedonia y como consecuencia de ello, a todas las ciudades-estado griegas excepto a Esparta. Su hijo Alejandro le apoyó en sus campañas, entre otras en la célebre batalla de Queronea (338 a. C.). Bajo el mando de Filipo II se fundó la liga corintia, a la que pertenecían todas las polis griegas sometidas; de hecho, de esta forma Grecia se subordinó al dominio del rey macedonio.



Filipo II, rey de Macedonia, padre de Alejandro Magno. Antiguo medallón de oro.

Orígenes y juventud de Alejandro



Alejandro Magno nació en agosto del 356 a. C. Era hijo del rey Filipo II, de la casa real de Argeade, su bisabuelo fue Heracles, y su madre Olimpia, que procedía de la dinastía de Epiro⁶ y descendía de Aquiles.

Desde muy temprana edad Alejandro destacó por su notable inteligencia. Era testarudo e impertinente, pero también muy sensato. Con doce años consiguió amaestrar al caballo salvaje Bucéfalo: comprobó que el inquieto animal se asustaba hasta de su sombra. Alejandro recibió una esmerada educación. Leónidas, su riguroso tutor, le preparaba para las campañas, en las que se le servía escaso alimento, y por las noches le obligaba a hacer marchas. Más adelante, el célebre filósofo Aristóteles (384-342 a. C.) se hizo cargo durante algunos años de la educación del joven lejos de la capital, en un santuario de ninfas, en el bosque cerca de Mieza. Allí impartió clases a su pupilo y a otros nobles macedonios de su misma edad, entre ellos sus futuros guías Hefestión, Harpalos y Ptolomeo Lagu.

Durante toda su vida Alejandro durmió con una edición de la *Ilíada*, del poeta Homero (siglo VIII a. C.), y con un puñal bajo la almohada. Su gran modelo a seguir fue el héroe Aquiles de la *Ilíada*. Muy pronto recibió de su padre complicadas misiones en la guerra.

6 Epiro: reino del noroeste de Grecia.

Ya a los dieciséis años le fueron confiados en ausencia de su padre el sello y el gobierno del país.

Cuando Filipo II se casó con una jovencita y repudió a Olimpia tras veinte años de matrimonio, tuvo lugar la discordia entre padre e hijo. Filipo tuvo varias mujeres e hijos, no obstante, solo tuvo otro hijo varón aparte de Alejandro, que padecía una enfermedad mental. En caso de haber nacido más hijos varones, Alejandro sí hubiera debido temer por su posición como sucesor al trono. Alejandro tuvo que huir después de la disputa en Epiro, aunque Filipo le permitió regresar al cabo de un tiempo.

Poco tiempo después, en el verano del 336 a. C., Filipo II fue acuchillado en la boda de su hija. Oficialmente se suponía que el asesino había recibido dinero de manos persas, lo cual es perfectamente posible. Se rumoreaba que Olimpia, e incluso Alejandro, ya sabían de la conspiración. Poco después el joven Alejandro, que contaba entonces veinte años de edad, fue proclamado rey de Macedonia.



Alejandro Magno como Helios.
Copia de un original griego del
330-300 a. C.